



RAICEX Red de Asociaciones
de Investigadores y
Científicos Españoles
en el Exterior

La Proyección del Español en la Ciencia (Visión de RAICEX)

Majestades

Señor Presidente del Gobierno,

Señora Ministra de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación,

Señora Ministra de Educación y Formación Profesional,

Señor Ministro de Cultura y Deporte,

Señor Director del Instituto Cervantes

Señoras y señores Patronos,

Es para mí un honor y un placer encontrarme rodeada de una amplia representación de la excelencia de la cultura y las letras, para compartir con ustedes la visión de las científicas y científicos españoles en el exterior en el tema que hoy me trae aquí: La Ciencia en Español.

Desde que, recién doctorada, cogí mi maleta con rumbo a Suecia con el fin de continuar mi formación, como han partido a otros muchos países multitud de científicos y científicas a lo largo de los años, no he cesado en mi cruzada personal de compartir con mi país de acogida la cultura, la lengua y el conocimiento adquiridos en España, no solo como investigadora sino también en el ámbito personal.

Como el mismo Cervantes decía, “*Ninguna ciencia, en cuanto a ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe*”, y bajo esta premisa nace la necesidad, o más bien la obligación que tiene el investigador, de comunicar a la sociedad en su idioma, en palabras del divulgador científico Ramón Núñez Centella.

Con este objetivo en mente, entre muchos otros, y con las ganas de aunar conocimiento y experiencia y de canalizar la voz de tantos profesionales de la ciencia que, bien por decisión propia, o bien por el azote de una fortísima crisis dejaron nuestro país, nació en el año 2018 RAICEX, la Red de Asociaciones de Investigadores y Científicos Españoles en el Exterior. Esta Red reúne a más de 4000 investigadoras e investigadores distribuidos en los 5 continentes, en 18 países, en sus respectivas asociaciones, con la intención de favorecer el intercambio de experiencias y conocimiento entre sus miembros y todos los agentes del Sistema Español de Ciencia, Tecnología e Innovación, con el objetivo de actuar como órgano asesor, canalizador de información y catalizador de las relaciones internacionales y multidireccionales en materia científica para contribuir así al progreso de la ciencia.

Es importante no olvidar que la ciencia es internacional, que no entiende de fronteras, como tampoco debería sentirse amedrentada por el idioma en la que se desarrolla y crece. Con todo, cada país tiene su ciencia, ciencia que debe revertir a la sociedad para que la simbiosis entre estos dos actores nunca se rompa. Sin ciencia no hay desarrollo y sin desarrollo no hay futuro.

El conocimiento científico actualmente está dominado por la lengua que ganó la pugna, tras las dos guerras mundiales, entre el alemán, el francés y el inglés. La clara vencedora, el inglés, ha marcado su hegemonía en el último siglo, ya que según estudios bibliométricos solo un 0,5% de las publicaciones en ciencias naturales y tecnológicas está en español, frente al 2,81% del campo de las humanidades.

Pero esto no siempre ha sido así. Si hacemos un viaje al pasado, hasta el siglo XVIII la lengua vehicular de la ciencia era el latín. Y fue el joven Galileo, pionero en la divulgación científica, quien utilizó su idioma materno para hacer saber a su pueblo qué eran las manchas solares, alegando la necesidad que tiene la sociedad de entender lo que lee. Este acto ejemplar animó a otros investigadores como Descartes y Boyle, quienes copiaron esta fórmula y comenzaron a comunicar en francés y en inglés, respectivamente, sus investigaciones y descubrimientos. No fue hasta el principio del siglo XX cuando empezaron a tomar fuerza tanto el francés, sobre todo en temas de Derecho, como el alemán en el campo de la Química o la Filosofía. Sin embargo, y como he mencionado antes, la progresiva debilitación de estos idiomas e implantación del inglés, principalmente por alianzas y creación de revistas científicas, desembocó en esta hegemonía del entorno científico vinculado al mundo anglosajón que todavía continúa. Un dominio que nada tiene de estático y sí mucho de dinámico basándonos en la evolución constante que nos ha dejado la historia.

Por otro lado, como resalta Laura Chaparro, el historiador Michael Gordin y Director de la Sociedad de Miembros en las Artes Liberales de la Universidad de Princeton insiste que “*en términos de imparcialidad y equidad en la*

distribución de recursos no es positivo que exista un solo idioma ya que la carga de la formación lingüística recae en los hablantes no nativos del inglés, mientras que los anglófonos se aprovechan de la facilidad comunicativa”.

Como producto de este uso global del inglés nace el llamado “inglés científico”, lengua que se desvía del inglés puramente británico o americano. Esta contaminación no solo se hace patente en la lengua franca, sino que también consigue contagiar a otros idiomas manchándolos con miles de anglicismos que poco a poco, y dado el dinamismo de las lenguas, se van incorporando a su repertorio lingüístico de una manera prácticamente silenciosa, pero dejando una huella plausible. Por lo tanto, tenemos la responsabilidad de hacer un esfuerzo casi titánico para evitar que nuestra ciencia en español sufra por la inclusión excesiva de terminología cada vez más común y extendida en todas las lenguas, pero que empañan la riqueza de nuestro idioma.

Así como las amenazas lingüísticas están presentes en el día a día, también lo están los retos globales a los que se enfrenta la humanidad. Retos como el cambio climático, las nuevas pandemias y la pérdida de biodiversidad, entre otros. Muchos de estos desafíos afectan en mayor medida a países de habla hispana, por lo que la comunicación, la divulgación de posibles soluciones, directrices y compromisos adquiridos deberían utilizar el español como lengua vehicular, dado que la masa crítica que tiene este idioma en el mundo como lengua materna lo posiciona en un segundo puesto en el clasificación mundial.

Sin embargo, estos objetivos no se alcanzan por sí solos, para ello hay que contar con un Sistema de Ciencia robusto que apueste por la atracción de talento, no solo del que emigró, parte del cual ni se plantea volver, sino también del talento internacional. Un sistema que proporcione a los investigadores estabilidad y sueldos competitivos con el resto de los países que encabezan las listas de inversión de su PIB en ciencia. Un país que no solo sea atractivo por temas de clima, deporte y folclore, sino además por disponer de centros de investigación competitivos y con posibilidades de proyección laboral. Un país con un tejido industrial sólido en biotecnología que, como ha sacado a la luz la actual pandemia, no nos haga importar de otros países algo que se hubiese podido producir dentro de nuestras fronteras de haber existido una inversión adecuada. Estos investigadores internacionales, tarde o temprano, se sumergirán en el idioma, al igual que me sucedió a mi en Suecia, aprendiéndolo y atesorándolo, para que a su retorno sean los mejores portadores de una riqueza que no solo incluya el español, sino también toda una cultura y una forma de ser y sentir.

Es muy importante que las instituciones públicas ubicadas en el exterior se coordinen y encuentren sinergias. La orquestación de las Embajadas, con sus consejeros culturales y científicos, con las asociaciones de científicos, así como con el Instituto Cervantes (en aquellos países donde tenga sede), debe ser una realidad. Las instituciones tienen que actuar como aglutinadores de conocimiento, fomentando las colaboraciones a todos los niveles: sirviendo de escaparate a la ciencia que se genera en España, al igual que dando visibilidad a nuestros científicos en el exterior facilitando que se establezcan contactos entre ellos y que se organicen entre asociaciones y redes.

Es indudable que el objetivo debe situarse principalmente en las relaciones con Latinoamérica, fortaleciendo los sistemas de ciencia, tecnología e innovación de los distintos países de habla hispana, así como fomentando alianzas a través de instituciones españolas y latinoamericanas dedicadas a la ciencia. Estas alianzas estratégicas deben apelar al orgullo y a la dignidad del uso del español. Tenemos el deber de creernos y hacer creer a los demás que el español no es ni será nunca una lengua de segunda. Las instituciones tendrían que compartir esta corresponsabilidad de cooperar y transmitir un reconocimiento mutuo que avale nuestra condición de colectivo de primera tanto lingüístico como científico.

En mi experiencia vital, en los 17 años que permanecí en Suecia, trabajando en innumerables proyectos, siempre encontramos las puertas abiertas tanto de la Embajada como del Instituto Cervantes, cuyo director con exquisito tacto y suma paciencia nos corregía los anglicismos que por inercia incluíamos continuamente. Estas colaboraciones se mantienen aún hoy, y entre los cientos de actividades que se plantean se podría señalar la divulgación científica en aquellos colegios en los que el español se ha impuesto como tercer idioma frente al francés y al alemán. Pero el ejemplo de Suecia no es exclusivo. Hay otros muchos países en los que las instituciones facilitan, abren puertas y colaboran manteniendo estas sinergias, desde Estados Unidos hasta Francia, y así podría enumerar otros tantos más. Esta labor sin duda es fundamental no solo para impulsar la ciencia en español, sino también para cohesionar al colectivo español, científico o no, allá donde este se encuentre.

El Instituto Cervantes nos aseguraba en el año 2019 que somos 580 millones de hispanohablantes en el mundo. Todos y cada uno de nosotros tenemos el derecho de saber qué es lo que ocurre en el ámbito científico. La ciencia tiene la obligación de acercarse y contagiar a la sociedad de esperanza, transmitiendo con entusiasmo la posibilidad de un mundo mejor, libre de enfermedades y con las amenazas que continuamente nos acechan bajo el control del conocimiento y las herramientas que este nos proporciona.

Hoy en día, tal y como le pasaba a Don Quijote, estamos rodeados de gigantes impregnados de desconocimiento, pero con la lanza del idioma español como arma divulgativa y de acercamiento del conocimiento a la sociedad, demostraremos que no se trataba más que de inofensivos molinos.

Muchas gracias por su atención.